

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 348

25 cts.

EB.



EL
LEGADO
TENEBROSO

POR
LAURA
LA PLANTE

FilmoTeca
de Catalunya

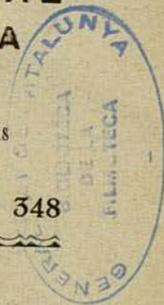


LENI, Paul

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 4425 A

Año VII BARCELONA N.º 348



El Legado Tenebroso

Adaptación cinematográfica de la famosa obra
teatral de John Willard, titulada «The Cat And (1927)
The Canary», magistral creación de la
genial actriz

Laura La Plante

EXCLUSIVAS «UNIVERSAL»

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233 — BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de ALFONSO GRANADA



EL LEGADO TENEBROSO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Unas quince leguas antes de que el acudalado Hudson refleje en sus turbias aguas la imagen de la ciudad de los rascacielos, discurre por un paraje poco habitado. Los que atraviesan este trecho del río a bordo de los vaporcitos fluviales, conocen la extraña mansión de Cyrus West, erguida sobre una escarpada colina, en medio de un parque abandonado.

La situación natural del castillo es muy hermosa, pero la mansión, con sus torreones de granito a la manera de las antiguas fortalezas, levantada en aquel lugar deshabitado, tiene cierto aire de misterio.

A pesar de todas las apariencias, el cas-

tillo de West ha estado habitado desde la muerte de su extravagante propietario por una persona muy adicta a él.

La depositaria de la confianza de Cyrus West es una vieja doméstica que representa tener unos cincuenta años. Los escasos vecinos del castillo han tejido absurdas historias de brujería alrededor de la figura de esa mujer alta, enjuta y misteriosa.

Por su parte, Plácida, que así se llama, vive ajena a todo cuanto pueda suceder. Los veinte años de aislamiento han limado todo rasgo de expresión de su rostro que ya no trasparenta ningún sentimiento cordial. Vive austeramente, dentro de un orden inquebrantable.

Esta noche parece esperar visitas. La hora es excepcional: las once de la noche, y sólo una razón muy fuerte puede obligarla a permanecer en vigilia a hora tan avanzada.

Las habituales costumbres de esa mujer han sufrido una notable alteración: ha pasado el día limpiando la casa; ha encendido la gran lámpara del gabinete, que brilla sobre su pedestal después de veinte años de inactividad. Lo único que permanece en su estado habitual, son las grandes fundas blancas que cubren el mueblaje, pero aguzando el sentido de la observación, podrá notarse que las sillas del comedor y las del salón han sido colocadas en torno de las mesas abandonando sus sitios a lo largo de los muros.

En efecto, Plácida, excepcionalmente, espera algunas visitas que a juzgar por sus movimientos, están al llegar.

A las once y media recorre las oscuras estancias, para percatarse de que todo está en orden. Una vieja lámpara de petróleo que la alumbra, proyecta sobre las paredes unas sombras extravagantes.

Así llega al despacho. Todo está en aparente orden. Pero por algo se ha vivido más de veinte años en una casa. A sus ojos no puede pasar inadvertida la más pequeña alteración. Por eso, a la primera ojeada, el instinto de Plácida ha observado algo anormal y se ha dirigido a la caja que se halla empotrada en el espeso muro, disimulada tras un cuarterón del zócalo.

Plácida aproxima la luz y observa. Sus labios se contraen más que de ordinario y sus desorbitados ojos dejan entrever una expresión de asombro. Va a oprimir el disco cifrado, cuando un ruido lejano y sordo que resbala por las oquedades del castillo, hiere sus oídos.

Es una llamada exterior. Como si volviese a la realidad, Plácida se levanta y tomando el viejo quinqué atraviesa el largo castillo. La luz proyecta diversas sombras, unas monstruosas sombras que van arrastrándose por el suelo, o trepan por el muro contoneándose; encogiéndose y quebrantándose con las oquedades del muro y volviendo a apa-

recer... A su paso gime el entarimado; se agitan las cortinas impelidas por el aire, y a través de las desvencijadas ventanas se oye la música melodramática del viento... Plácida, indiferente a todo, llega al final del pasillo y abre la puerta.

Un hombre de mediana estatura, embozado hasta los ojos, curvado por el peso de los años, penetra en la casa.

Plácida le deja el paso franco y vuelve a cerrar. Con el viejo ha entrado una bocanada de aire que inflama la llama del quinqué.

El recién llegado se quita el abrigo y dice con parsimonia:

—He venido a leer el testamento de Cyrus West. ¿Ha llegado alguno de los herederos?

—No, señor Crosby.

Sin cambiar más palabras ambos se dirigen hacia la biblioteca.

No hay electricidad ni gas en la casa. Todo está igual como lo dejara Crosby cuando vino a legalizar el testamento de West, hoy hace veinte años. Haciendo estas reflexiones Crosby se quita los guantes, luego extrae un abultado sobre con cinco sellos de lacre, de un bolsillo de su levita y por último se pone las gafas. Después rompe el silencio con una frase que quiere ser de cumplido.

—No encuentro nada variado. Usted tampoco. Celebro verla tan bien conservada, Plá-

cida. Pienso que ha debido sentirse sola en estos veinte años.

—No me interesan los vivos... — responde con displicencia la vieja ama de llaves.

—¡Bah! — replica el viejo — lo que usted dice es un disparate. ¿Ha vivido usted con los espíritus?

—Usted se reirá, pero yo los he sentido. Esta noche hay uno... un mal espíritu.

—¡Qué tonterías! Su imaginación la hace desvariar, amiga mía. No crea en estas patrañas. ¿Me quiere alumbrar?

La aludida coje la lámpara y sigue al notario que se traslada al muro donde se halla empotrada la caja. Hay un momento de expectación. Mientras Crosby hace funcionar el disco cifrado, el brazo de Plácida tiembla imperceptiblemente y cuando se abre la pesada puerta los dos lanzan al unísono un grito de asombro.

¡Del interior de la caja ha salido volando una polilla!

Crosby y Plácida se miran unos segundos.

La mirada del notario es de estupor; en cambio los ojos del ama apenas se han dilatado.

—¿Cómo podía encontrarse aquí esta mariposa habiendo estado cerrada el arca durante veinte años? ¿Quién ha entrado en esta casa? — pregunta el notario.

—Nadie — responde Plácida—. Usted es el único que ha entrado en esta sala.

—Yo mismo cerré esta caja hoy hace veinte años — añadió Crosby—, y desde entonces estoy seguro de no haber vuelto a poner los pies en esta casa, ¿no es verdad?

—Sí, señor Crosby.

Súbitamente asaltado por una sospecha, el notario extrae de la caja tres voluminosos sobres lacrados que examina detenidamente junto a la luz.

—¿Quién ha venido a esta casa? — vuelve a preguntar imperiosamente.

—Nadie... exceptuando yo y el espíritu que anda por ella.

Crosby hace un movimiento de impaciencia y replica:

—¡Los espíritus no abren cajas ni violan testamentos!

El ama de llaves aproxima su rostro al del abogado y lentamente deja caer estas palabras:

—Pero usted es el único que conoce la combinación de esta caja. Nadie más que usted puede haberla abierto, señor Crosby.

II

En medio del silencio se oye distintamente el ruido del viento y el sordo rumor de los árboles del jardín. El resplandor de la lámpara, atenuado por la esmerilada pantalla esférica, no logra disipar las sombras. Los muebles oscuros tienen formas espectrales. Las dos figuras humanas, silenciosas e inmóviles, se miran con desconfianza.

—En esta casa hay espíritus malos, doctor Crosby. Bien lo sé yo. Presiento que esta noche ocurrirán cosas terribles. La lectura del testamento del señor West ha de traer más de una desgracia.

Antes de que Crosby pueda replicar, un fuerte aldabonazo le deja suspenso.

—Los parientes empiezan a llegar — dice Plácida saliendo a recibirlos.

Cuando el notario se queda solo examina de nuevo los sobres junto a la luz. Después los guarda en un bolsillo y espera a que entren los recién llegados.

Segundos después se detiene bajo el dintel de la puerta un hombre joven, alto, de ojos grandes y vivaces, que dirige una amplia mirada a la sala.

El recién llegado, al descubrir al notario, hace una sonrisa cordial, como quien reconoce a un antiguo amigo y el señor Crosby va hacia él exclamando con alegría:

—¡Pero, si es Harry Blythe!

—El mismo, señor Crosby, el mismo — responde el nombrado, mientras corresponde al abrazo del notario—. Hace veinte y tantos años que abandonamos este pueblo, cuando el tío West nos retiró francamente su protección y todavía me acuerdo de usted como si fuera hoy.

—Yo también me acuerdo. West cometió una injusticia con su padre — afirma el notario — West era un maniático.

—Se que he hecho el viaje en balde. El tío Cirilo nos detestaba. Yo también le he detestado siempre.

Blythe dirige una mirada en torno y se queda abstraído contemplando el retrato de su tío, colgado en la pared. Para disipar aquel fugaz momento de evocaciones desagradables, el notario informa a Blythe de la marcha de los asuntos que van a tratarse esta noche, sin aludir para nada a las anomalías que ha notado en la caja y los documentos allí encerrados.

—Vamos a ver cosas extrañas esta noche — dice Blythe, como hablando consigo mismo.

—¿A qué se refiere usted? — preguntó el notario.

—Porque habrá luchas, disidencias, discordias... ¿no le parece a usted?

El notario desvía la conversación, anunciando que todos los parientes convocados le han participado su asistencia.

—¿Y Charlie Wilder vendrá también? — pregunta Blythe.

Este Wilder, primo hermano suyo, le recuerda un episodio triste de su infancia y refiere al notario que los Wilder, para congraciarse con el tío West, le habían declarado la guerra. De Carlos, particularmente, recuerda que era un muchacho cruel y maniático.

—También viene — respondió Crosby—. Me ha escrito una carta muy afectuosa.

—Sí: es el hipócrita de la familia — replica Blythe secamente.

Iba a replicar el notario cuando repercutió un aldabonazo por toda la casa y quedaron suspensos unos segundos.

Poco después un nuevo personaje se introduce en el salón y después de saludar a Blythe con una leve inclinación de cabeza, va hacia el notario con la mano tendida.

—Sin duda recordará usted a su pequeño protegido Charlie Wilder.

—¡Ya lo creo! Lo celebro tantísimo.

Falta poco para la media noche. El viento sigue azotando los recios muros de la mansión del difunto Cyrus West; las inseguras maderas de las ventanas gimen siniestramen-

te y las ráfagas de aire remueven el follaje del jardín y pasan silbando en lo alto de los tejados y cruzan aquellos parajes desolados sumidos en las profundidades de la noche sin luna.

Por la carretera más próxima viene un auto a toda velocidad, que se detiene ante el camino que se bifurca para dar acceso al castillo.

Una cabeza de mujer, muy envuelta en un viejo renard, se asoma a la ventanilla e interroga al chofer.

—¿Ya hemos llegado al castillo?

—Estamos en la carretera, señora. Este camino que se ve a la derecha las conduciría hasta la misma puerta.

No hay manera de convencer al chofer de que las conduzca hasta el castillo y una anciana, la que antes había hablado y una esbelta joven que la acompaña abandonan el coche y se dirigen a pie a la mansión.

Ya se hallan reunidos todos los convocados excepto Pablo Jameson y Ana María West.

Los retrasados no tardan en llegar; primero se presenta Pablo Jameson, con un pánico atroz, a causa de haberle estallado un neumático del *auto*, y apenas puede explicar lo que le ha ocurrido.

El ánimo de Pablo Jameson no se repone hasta la oportuna llegada de Ana María West, a la que saluda con gran cariño.

La presencia de Ana María ha movido algún revuelo entre los presentes. Tía Susana, la anciana del *auto*, que no la mira con muy buenos ojos, la recrimina con estas palabras:



...Pablo Jameson, con un pánico atroz.

—En veinte años yo creo que hay tiempo sobrado de prepararse para llegar puntual a una cita.

—Vamos, tía, no es hora de murmurar, esperemos a ver quién se lleva el dinero — dice su acompañante.

En este momento el reloj da las doce.

III

Los parientes del difunto Cyrus West se han sentado en torno de la mesa y escuchan la lectura del testamento que lee el notario con voz gangosa:

“Todos mis parientes han estado acechando mi muerte, como gatos alrededor de un canario y a fuerza de creerme loco, casi han acabado por enloquecerme. Por eso lego todos mis bienes personales al más lejano de mis parientes, que lleve el apellido West.”

Todos los ojos se han dirigido al rostro de Ana María. En todos los semblantes se pinta la más viva decepción. El único que es sincero al felicitar a la joven, es Pablo Jameson.

Después de la lectura, el notario hace entrega a la heredera de uno de los sobres extraídos de la caja.

—Tiene usted que abrir este sobre en el dormitorio de él, antes de retirarse a descansar esta noche. Es su último deseo.

Los decepcionados parientes se intrigan y tía Susana explica que sin duda aquel sobre aclara el misterio de la desaparición de los famosos diamantes de West.

—Hay sin embargo una cláusula importante en este testamento — prosigue el notario, dirigiéndose a los oyentes—. Un médico cuyo nombre se indica, debe examinar al heredero y certificar de un modo positivo que no está demente. Si ese doctor que ha de venir esta noche comprueba que no está usted cuerda, toda su herencia pasa a la persona que se indica dentro de un tercer sobre que llevo en el bolsillo. Añadió este párrafo en el testamento porque sabía que todos sus parientes le creían loco.

La tía Susana no pudo contener el disgusto que todo aquello le produce y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa, dijo:

—¡Antes me creía que estaba loco! ¡Ahora estoy segura!

En aquel momento se desprende con estrépito de la pared el retrato del difunto Cyrus West. Todos quedan sobrecogidos por la emoción, excepto Plácida que retira el retrato y al pasar por delante de tía Susana, dice a media voz:

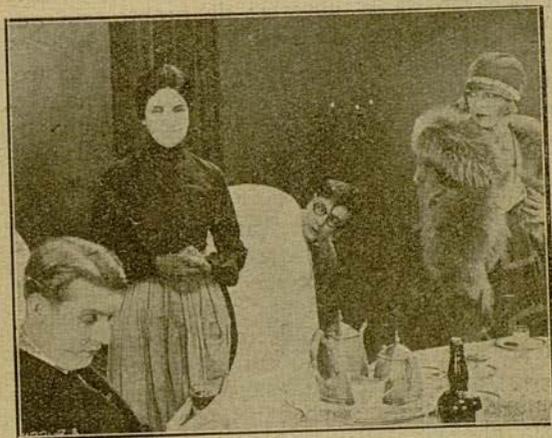
—Esto es un mal presagio... ¡Algo terrible ocurrirá esta noche!

Pablo dispónese a retirarse; su misión ha terminado, pero al despedirse de Ana María, ésta le dice suplicante:

—No te vayas, Pablo. No me dejes aquí sola con toda esta gente...

En tanto que los demás pasan al comedor

para reponer fuerzas con una ligera colación que tenía preparada Plácida para después de la lectura, Ana María y el notario pasan a la biblioteca.



...para reponer fuerzas.

—Ana María... — dice él mientras pasea nerviosamente por la estancia—. Es preciso que se lo diga a usted. En estos momentos se halla usted como su pobre tío... ¡En una jaula rodeada de gatos! Este sobre — añade extrañando el que se guardara en el bolsillo — contiene el nombre del heredero en el caso de

que usted fuese declarada demente... El interesado ha abierto el sobre... conoce las condiciones del testamento y puede hacerle daño...

El notario seguía paseando nerviosamente a lo largo de la librería; de pronto, sin que Ana María sepa cómo ni de qué manera, desaparece el viejo sin dejar el menor rastro, sin que nada de lo que la rodea denote el menor cambio. La joven cree ser víctima de una pesadilla y sale al corredor aterrada:

—¡El señor Crosby ha desaparecido! — exclama sordamente.

Todos se la quedan mirando extrañados, sin dar crédito a lo que ella dice:

—¡No me miren como si estuviera loca! ¡Les digo que el señor Crosby ha desaparecido! ¡Cuando iba a decirme el nombre de mi sucesor, desapareció con el sobre!

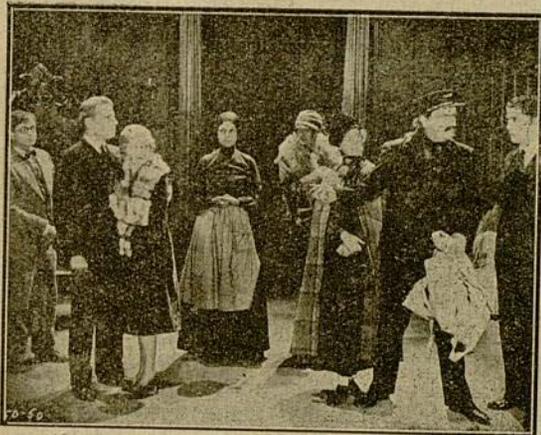
—¿Quién es esta señorita? — pregunta un hombre en el que Ana María no ha reparado hasta ahora.

El desconocido es un hombre miserablemente vestido, tocado con una gorra de uniforme; se trata de un guarda del manicomio próximo, que ha venido a dar cuenta de que un loco furioso se ha escapado del establecimiento, y se teme que se haya ocultado en el castillo.

—La señorita — responde Blythe a la pregunta del guardián — es la heredera del castillo.

El desconocido se encoge de hombros y hace ademán de irse, después se vuelve y dice:

—¡Que esta noche no salga nadie de esta casa, porque con eso del loco sería peligroso!



—¿Quién es esta señorita?

—Bueno, ¿dónde estaba Crosby? ¿Cuándo desapareció? — pregunta Blythe a Ana María que, anonadada por la impresión permanece abstraída en medio del comedor.

—No sé; cuando iba a decirme el nombre de mi sucesor desapareció como por encanto...

—¡Ya me figuraba yo que ese sobrecito

desaparecería! — exclama con reticencia tía Susana.

Su sobrina la pellizca en un brazo, para llamarle al orden, y, a propuesta de Pablo, pasan a la biblioteca para practicar una inspección ocular en el sitio donde el notario desapareciera, inspección que no aporta ninguna luz.

—¡De sobra sabe ella dónde está Crosby! — refunfuña la vieja.

—Por Dios, tía Susana!... Les digo a ustedes que no lo sé... — responde acongojada Ana María.

—¿Dónde está Plácida a todo esto? — pregunta Pablo—. Tal vez nos pueda dar alguna pista.

—Tal vez Ana María haya organizado también su desaparición — responde tía Susana.

En aquel momento se abre la puerta, y aparece Plácida, con ambas manos cruzadas sobre la cintura, avanzando con paso decidido y solemne.

—Sus habitaciones están listas, señorita — dice a Ana María y después añade en voz más alta—. Aquí viene el del manicomio que ha estado registrando toda la casa.

Aquel desconocido, que penetra detrás de la criada, pone febril a Ana María, por la fuerza de su mirada y su aspecto repulsivo. En cambio, tía Susana se manifiesta con él

excesivamente amable y le sale al encuentro para preguntarle:

—Qué, ¿no ha encontrado usted todavía al que tiene que usar esta camisa de fuerza?

—No, pero sin duda caerá antes de irme de esta casa...

—Gracias, guarda — responde la dama como si en las palabras de aquél hubiese algo que la favoreciera personalmente—. ¡Estoy segura de que usted nos protegerá esta noche!

IV

Ana María y Plácida penetran en "su" alcoba, la del difunto West, y la joven no puede reprimir un escalofrío de miedo, al pensar que ha de pasar la noche en aquella inmensa habitación llena de misterio...

Cuando ha depositado la lámpara en la mesa de centro, Plácida indica a su nueva ama: —Señorita, recuerde usted que debe abrir ese sobre... — y después de desearle que pase una buena noche, se retira.

Momentos después llaman suavemente a la puerta. Es Pablo que antes de retirarse a su habitación se ha detenido para tranquilizarla un poco.

—Ha sido esta noche tan accidentada que me siento comunicativo... — dice aparentando tranquilidad, pero sin conseguirlo porque el temblor de la voz lo delata—. No tengas miedo, Ana María... ¿no estoy yo en la casa?

Ana María agradece a su primo la buena intención y le asegura que el pensar que él está cerca le dará ánimos. Esto emociona vivamente al joven, cuyo estado de locuacidad le incita a recordar los lejanos días de la infancia, cuando los dos jugaban, pero Ana

María tiene deseos de quedarse sola y le despidió amablemente.

Ya está sola otra vez... Sus dedos temblorosos rasgan la envoltura del documento que por mandato del viejo ha de leer precisamente en aquellas circunstancias, y sus deslumbrados ojos leen ávidamente lo siguiente:

En el marco de la chimenea hay un botón que abre un escondrijo. Está ingeniosamente disimulado entre la talla, pero los famosos diamantes de West valen la pena de ser paciente.

Cyrus West

¡He aquí el secreto de los famosos diamantes que nadie supo cómo habían desaparecido! ¡El viejo avaro no fué tan codicioso para llevarse el secreto a la tumba!

Ana María hace lo que el papel indica y después de mucho trabajo logra dar con el escondrijo de la famosa joya, que minutos después destella sobre su albo cuello con mil resplandores...

Después se acuesta y las diversas emociones acumuladas durante la angustiosa noche, se van dispersando, hasta que el cuerpo rendido por el cansancio la sume en un sueño tranquilo y reparador...

... ..

Tía Susana no podría descansar si tuviera que dormir sola en la habitación que le han destinado, y pide a Cecilia, su sobrina, que la deje dormir en su cama.

Cuando ambas mujeres se han desnudado, todavía le asalta a tía Susana un nuevo temor.

—No podría dormir tranquila si no mirara debajo de la cama... ¡Y eso que nunca he encontrado nada!

¡Debajo de la cama, se ha escondido Pablo!

—Vine aquí para protejerlos de los fantasmas... — explica el joven cuando Cecilia le obliga a salir de su escondrijo.

Pero lo cierto es que Pablo también tenía miedo en su cuarto...

... ..

Más tarde, cuando los huéspedes de la siniestra mansión descansan de las emociones pasadas, unas sombras avanzan sigilosamente por el corredor y cuando están frente a frente, se contemplan unos segundos y se dirigen la palabra:

—¿Qué haces aquí, Harry?

—Andaba buscando al señor Crosby, Charlie...

—No es fácil que después de lo ocurrido esta noche el señor Crosby ande por aquí...

Deslizándose en silencio y sin que un solo músculo de su rostro se mueva, pasa junto a ellos la enigmática Plácida...

... ..
... ..
De pronto, un grito desgarrador conmueve la casa:

—¡SOCORRO!! ¡SOCORRO!!

En un momento tres hombres corren hacia el cuarto de Ana María de donde sale la angustiada llamada, y violentando la puerta penetran en la estancia.

—¡Me han robado los diamantes! — dice la joven.

—¿Qué diamantes? — preguntan los tres hombres a un tiempo.

Luego ella explica lo ocurrido. Ellos la contemplan con estupor, dudando del equilibrio de su razón. Tía Susana y Cecilia que acaban de llegar aseguran que aque!lo es inverosímil.

—¡Está más loca que una cabra! — dice la vieja.

Pero... cuando Blythe trata de buscar la trampa por donde ha desaparecido una mano que según Ana María le ha arrebatado el collar mientras dormía, encuentra un botón y al oprimirlo se abre una puerta secreta y se desploma el cadáver del notario Crosby, ante los aterrizados ojos de los presentes.

Ante la horripilante visión del cadáver, Ana María se ha desmayado, y tía Susana se ha ocultado horrorizada bajo el edredón de la cama. Blythe ha cogido en brazos a la des-

mayada heredera y la ha trasladado a la habitación contigua.

—¡Hay que llamar a la policía! — dice Blythe—. ¡Esto ya no es cosa de leyenda!



...ha cogido en brazos a la desmayada heredera.

Pero el teléfono no funciona; la línea ha sido cortada...

—¿Quieren que vaya yo a buscar a la policía...? — dice Pablo que ya no puede consigo de tanto miedo.

—Iré yo — dice tía Susana—. Usted puede hacer falta aquí.

—Todo esto — afirma Charlie cuando la tía de Cecilia ha salido para avisar a la policía — debè haber sido obra de ese loco. Voy a ver si doy con el guarda del manicomio.

Charlie y Harry van en busca del guarda del manicomio y Pablo se queda a hacer compañía a las muchachas.

Cuando Ana María recobra el conocimiento, dice a su primo:

—¡Estoy horrorizada, Pablo! ¿Qué significa todo esto?

—Me parece que tengo una idea, prima. La solución de todo este misterio está en el sobre que guardaba Crosby, y la persona que en él se indica es la que lo ha asesinado. ¡Voy a sacarle ese sobre del bolsillo!

—¡Y yo te acompaño! — dice Ana María levantándose resueltamente.

Pero al penetrar en la habitación se quedan mudos de estupor: ¡el cadáver de Crosby ha desaparecido!

—¡Ya verás cómo yo acabaré con este misterio! ¡Este cadáver no puede haber desaparecido más que por la trampa que ha abierto Blythe!

Haciendo funcionar el botón, la trampa se abre pesadamente y Pablo se precipita en el hueco... Después se cierra la trampa tras él.

Ana María siente que está a punto de volverse loca.

V

En el misterioso castillo no quedan más personas que Cecilia y Ana María. No se sabe dónde están los demás. Por más que las dos muchachas llaman a unos y a otros, nadie responde, tal como si se los hubiese tragado la tierra...

La puerta de entrada ha quedado abierta al salir la vieja Susana en busca de la policía y un nuevo personaje, un viejo achacoso, provisto de un maletín y abrigado hasta las orejas, penetra en la casa y encuentra a Ana María en una habitación de la planta baja. Ante la presencia del desconocido ella se sobrecoge. El recién llegado avanza pausadamente y se da a conocer:

—Soy el médico...

Ella le mira con desconfianza, pero no puede eludir la presencia del extraño personaje: las fuerzas la han abandonado y deja que se acerque y se siente ante ella sin hacer el más leve movimiento. El viejo le examina los ojos, la pulsa...

—¿Por qué está usted tan nerviosa esta noche...?

—Han pasado cosas horribles, doctor...

Primero el señor Crosby ha sido asesinado...

—¿Asesinado...? ¿Antes de venir yo...? — exclama el médico con incredulidad.



—¿Por qué está usted tan nerviosa?

—Después... — prosigue Ana María—, una mano horrorosa, como una gigantesca y repugnante araña que saliera de la pared, me ha arrebatado el collar.

—¿Está usted segura de que salió una mano de la pared...?

—¡Y ahora ha desaparecido Pablo... y los

demás tampoco sé dónde están! ¡Creo que me voy a volver loca...!

En este momento aparece Cecilia que había salido para traer un vaso de agua a la heredera.

—¿Es usted de la familia de la señorita?

—Sí, señor... — responde Cecilia muerta de miedo ante la presencia del extraño personaje.

—¿Quiere usted darme el vaso de agua?

Cecilia obedece maquinalmente. El desconocido abre el maletín y extrae unos polvos que vierte en el agua.

—Dele a beber esto, y mañana volveré a dar mi informe sobre este caso.

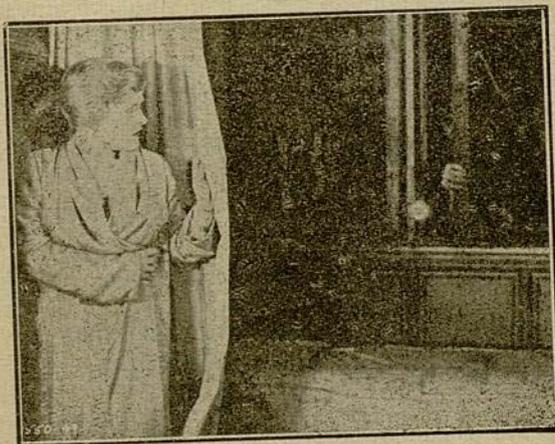
Y diciendo esto, el desconocido se despide con una ligera inclinación de cabeza. Al quedarse sola, Cecilia echa el contenido del vaso y se dirige de nuevo a la cocina. Mientras su prima regresa, Ana María ve, con el mayor espanto, que el guardián del manicomio se asoma por la ventana del jardín con una linterna en la mano.

—Estoy buscando el loco... ¡En cuanto dé con él...!

.....

Al abandonar el castillo para ir en busca de la policía, tía Susana ha podido llegar a la carretera sin dificultad y detener allí a un lechero que con su coche se dirige a la ciudad y le pide que la lleve.

Por el camino se cruzan con una patrulla de motociclistas de la policía, a los que refiere lo ocurrido en el castillo de West. Los policías no la creen pero al fin acceden a ir al castillo a ver lo que hay de cierto.



...que el guardián del manicomio se asoma...

Entretanto, en los subterráneos del castillo se está preparando el desenlace de esta angustiosa pesadilla, y el protagonista de esta escena es Pablo, el cual, dando prueba de un valor sin límites, al encontrarse prisionero, no vaciló en avanzar por el oscuro pasadizo del

subterráneo a que conducía el agujero del muro.

Pronto se encontró en una estancia subterránea, ante un hombre cubierto con una máscara repugnante, y al ver que no se las tenía que haber con un fantasma, sino con un ser de carne y hueso, exactamente igual que él, le acometió con saña y ambos lucharon hasta que el valeroso joven quedó desmayado. Al recobrar el conocimiento se encontró solo, pero prosiguió por el intrincado pasadizo y con gran sorpresa fué a parar ante una puerta que cedió fácilmente, encontrándose con gran asombro suyo en la propia biblioteca donde había desaparecido el desventurado Crosby.

Pero cuando su asombro se convirtió en un arrebató de valor imponderable, fué al percatarse de que el propio individuo con quien momentos antes había luchado, estaba a punto de caer sobre Ana María...

Entonces se arrojó sobre él y los dos cayeron rodando por el suelo, ante el espanto de la muchacha.

En aquel momento entraba en la habitación uno de los policías que había avisado la señora Susana.

—Echeme una mano, guardia. ¡Ya tengo el loco! — exclamó Pablo.

Ayudado por éste, fué cosa de unos segundos maniatar al enmascarado y al desprendarle la careta, todos los presentes reconocie-

ron con gran asombro que el autor de la tragedia de aquella noche era nada menos que Charlie Wilder...

Se disipó la pesadilla. Después de la agitada noche, cuando apenas empieza a clarear el día, ya se ha esfumado la inquietud... Renace la calma... El espectro de Cyrus West ya no perturba la imaginación de nadie.

Las dispersas personas han vuelto a unirse y esperan a que alboree el día para abandonar aquel castillo de tan mal recuerdo... Sólo Pablo Jameson parece que es el único que tiene intenciones de quedarse.

—Ana María... — le dice en un momento de dulce intimidad—. ¡La herencia es tuya; nada tienes ya que temer, pero... ¡verdad que no quieres vivir sola en esta casa tan grande?

Por toda contestación, Ana María oprime con mucha fuerza la mano de su primo, como si le asaltase el temor de que ha de abandonarla...

FIN

Próximo número: La superjoya UNIVERSAL

RENDICIÓN

Por Ivan Mosjoukine y Mary Philbin

En breve, en las Selectas ediciones especiales de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EL CAPITAN SORRELL

RETENGA LISTED ESTE TÍTULO

Preste atención al cuadro de intérpretes

H. B. Warner — Alice Joyce — Nils Asther
Anna Q. Nilsson — Carmen Myers, etc.

Es una joya de «LOS ARTISTAS ASOCIADOS»

GRAN EXITO del tomo 12 de la

Biblioteca NUESTRO CORAZÓN
con la novela cubana

MARIA-LUISA

por Manuel Reinlein Sotomayor

CHANG es la mejor novela
de aventuras — —

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID